

RESPONSO POR *BABEL*

Ernesto Montenegro

Esta será la oración valedictoria por nuestra Madre común (¿o sería más acertado llamarla nuestra Hija colectiva?), la Revista *Babel*, en vísperas de cerrarle los ojos y sellarle la boca, antes de que vaya a reposar en lo que Lord Roseberry llamó «cementorios de libros» —la biblioteca pública y la biblioteca particular. Pero, ¿puede morir una revista? Mientras haya un curioso que la saque de su nicho en los anaqueles, la encontrará tan viva como siempre y dispuesta a comunicarle su mensaje individual. A menos de tener la mentalidad de un teólogo, nadie se atrevería a hablar seriamente de muerte cuando toda la plana mayor de *Babel* sigue viviendo en tolerable buena salud física y mental, o por lo menos cada uno de ellos se lo imagina, que es lo que importa. Y mientras toda esa gente de ilusorios entusiasmos y escasísimo sentido práctico permanezca en estado de supervivencia, como diría un leguleyo, *Babel* no habrá muerto del todo y hasta podría resucitar el mejor día, si así se le antoja.

Porque esta revista nuestra deja de salir al público, o en otras palabras, se da por muerta como Queg-Queg, por propia voluntad. Y, como el imponderable personaje de Melville, bien pudiera ocurrírsele el capricho de reanudar su residencia en el mundo en un plazo más o menos próximo, si tales son los designios de Jehová. Ya una vez cortó sus amarras en los márgenes del Riachuelo (Buenos Aires) y cuando algunos de sus más entrañables enemigos la daban por incorporada a la flota fantasma en que van a la deriva hacia el olvido tantos barquichuelos más frágiles, he aquí que aflora de nuevo a orillas del Mapocho en 1939. Hay ciertamente algunos claros en su tripulación; pero lo importante es que su capitán, Enrique Espinoza, ha salvado lo mejor del lastre, y que un nuevo calafate, Mauricio Amster, repara diestramente las averías en el casco, mejorando su apariencia en tercio y en quinto. Es nuestra humilde presunción que aquel viejo lobo de mar y experto navegante que se llamó Joseph Conrad, no desdeñaría embarcarse con nosotros; y en efecto, en nuestro libro de bitácora se hallará su nombre entre los huéspedes de honor.

Hablando ahora en la lengua vernácula, voy a contar algunas de mis experiencias de grumete y lenguaraz a bordo de *Babel*. Allá por 1924 ó 25 recibí en Nueva York una carta con el sello de Buenos Aires firmada por Enrique Espinoza, en que, con empeño que llegaría pronto a tener por distintivo de su carácter, me comunicaba el envío de varios libros editados por él, no suyos sino de su amigo

y maestro Horacio Quiroga, a fin de que yo me ocupara de ellos en mis crónicas literarias del *New York Times*. Solamente mucho más tarde me remitió sus cuentos de *La levita gris* y algunas entregas de *La Vida Literaria*, la revista que publicaba por entonces en la metrópoli rioplatense. Otras cartas y otros recados de tono igualmente misionero continuaron llegándome del mismo correspondiente, con referencias bastante apreciativas, aunque muy sobrias, a las correspondencias que yo venía publicando desde 1923 en *La Nación* de Buenos Aires. Eran epístolas breves, densas, noticiosas; aquel demonio de hombre sabía cuanto pasaba en varias literaturas y no se le escapaba un desliz de los muchos que cometemos los que escribimos por la pura gracia de Dios y la paciencia del público.

En 1926 hice una corta visita a mi tierra y volví a Estados Unidos por la vía del Atlántico. A mi hotelito de la Avenida de Mayo vino a verme la misma tarde de mi llegada un joven de mediana estatura, aire más bien severo y ojos que relumbraban como carbunclos tras los gruesos cristales de sus lentes. Con unas barbas postizas hubiera sido un buen sustituto para el Emilio Zola representado' en el cine por Paul Muni. Sus cejas espesas y renegridas y sus palabras precisas y cortantes me dieron a entender que tenía que vérmelas con un carácter tan pertinaz en sus simpatías como en sus antipatías. Una extraordinaria familiaridad con los grandes autores de medio mundo, favorecida por una memoria de «detective», reforzaban en mi nuevo amigo un sentido crítico del que se hallaba ausente, para mi sorpresa y regocijo, esa megalomanía provinciana y patrioter de tanto escritor suramericano. Creo que en esas dos horas de conversación me orienté mejor acerca de los valores relativos de la literatura argentina que lo que hubiese conseguido con muchas semanas de investigación en bibliotecas y «peñas» de profesionales.

Con el tiempo y un trato más íntimo y frecuente en Santiago y Buenos Aires, a la vuelta de muchas andanzas y mudanzas de una y otra parte, pude comprobar que, a pesar de algunas diferencias radicales de temperamento, Enrique Espinoza y yo teníamos gustos semejantes en materia de artes y letras, aunque tuviera que reconocer que él iba su buena media legua adelante en información tocante a libros y autores. Mi camarada era el primer hombre con que yo me había topado en carne y hueso en que las pasiones más vivas y persistentes fuesen del orden intelectual. Sus grandes amistades se hallaban repartidas por todos los climas y alcanzaban a todos los tiempos. Algunas databan nada menos que del siglo diecisiete y lo ligaban íntimamente a un vecino medio español de Amsterdam, de nombre Benedicto Espinoza, acaso un remoto pariente. Otro de sus padrinos había nacido más allá del Rhin, vivió sus mejores años en París y supo reír con risa pronunciadamente teutónica y mefistofélica hasta en el lecho de la agonía: se llamó Enrique Heine. De ellos heredó nombre y apelativo, junto con otros dones menos formales, tales como su independencia crítica y su encono mordaz contra el filisteísmo.

Pero sus amigos de inmediata intimidad eran criollos del propio Buenos Aires. Dos de ellos habían emigrado definitivamente a Inglaterra, adonde los llamaba el influjo magnético de su cultura británica; pero entre las nieblas y la estrechura de su residencia insular, uno habría de añorar siempre, con nostalgia de vidalita, la espaciosidad de la vida pampera y el sabor del asado con cuero y del mate amargo. Ah, esos «locos lindos» de don Guillermo Enrique Hudson y don Roberto Cunningham-Graham, ¡y cómo les echaba de menos el joven Enrique Espinoza, añorando sus impresiones de viva voz, tras agotar sus memorias escritas!

Luego venían Domingo Faustino Sarmiento, José Hernández y Leopoldo Lugones, todos tres figuras recias que empuñaban la pluma con la resolución agresiva y la pericia en el ataque sólo conocida hasta entonces por el manejo del facón entre sus compatriotas; y a los cuales Enrique Espinoza había de pagar final y condigno tributo en las páginas acuciosas y ceñidas de *El espíritu criollo*. El trato más frecuente durante nuestra convivencia de años en Santiago y Buenos Aires, me dejó penetrar dos de las características de mi amigo. Concluí por explicarme su prodigiosa retentiva literaria como un fenómeno más bien cordial que mental; su amor por el lenguaje universal del arte, y particularmente por el instrumento comunicativo más eficaz que haya descubierto el hombre para romper el aislamiento celular en que nacemos y vivimos en el mundo: la literatura explicaba la fidelidad de su memoria mejor que cualquier disciplina. ¿No dicen los ingleses aprender una cosa *by hart* y los franceses *par coeur* al aludir al proceso de fijación de los recuerdos, como si aun las ideas abstractas debieran pasar por la vía del corazón a aposentarse en el cerebro?

Esa manifestación inenarrable de su vigor mental, (pues los datos no estaban amontonados en su memoria como en un desván, sino ordenados y clasificados escrupulosamente para su empleo inmediato), me hizo respetable su juicio en todo tiempo; pero lo que acrecentó mi estima fue una debilidad que le descubrí a poco de embarcarnos en este segundo periplo de *Babel* por aguas chilenas. ¿Quién iba a figurarse que un hombre tan estricto en sus juicios y tan parco en sus elogios como agrio en la censura, fuese capaz de perdonar aún deslices doctrinarios a un escritor, una vez que se halle convencido de que su desviación es de buena fe, que su herejía es desinteresada, y sobre todo que la ha expresado con vigor y gracia? Es lo que le ocurrió con Lugones, y pudo ocurrirle con Horacio Quiroga, con Waldo Frank, o con cualquiera de los escritores que admitió en la intimidad de su aprecio. La lealtad de corazón de Enrique Espinoza, probada más allá de la muerte en el caso de León Trotsky, nos advierte que al fin hemos encontrado un escritor a quien no se le ha resecaado ni el corazón ni el cerebro con el mucho leer y compulsar lo que ha leído.

Babel es ante todo su obra. Sin su celo misionero, sin lo exigente de su paladar y el calor fervoroso de su estímulo para todos aquellos en que una vez depositó

su confianza, jamás hubiese sido posible la hazaña de mantener la revista a flote por un decenio y más. Creo, también, que la hizo posible nuestra sabia ignorancia de los problemas económicos, y cierta malvada propensión del grupo babélico a preferir la colaboración gratuita allí donde cada uno pueda sentirse a sus anchas y en buena compañía a venderle su alma al diablo de la publicidad condicional. *Babel* descubrió amigos donde menos era de sospecharlo: ciertas voces en la prensa santiaguina fueron estimulantes hasta lo último. Probablemente porque al resucitarla en Chile, sólo quiso probar que una buena idea puede arraigar en cualquier parte, o puede que fuera por demostrar al gremio cómo debe equipararse la calidad del contenido con su ropaje externo. Uno ni otro estarán lejos de ser perfectos, aun cuando podríamos asegurar que se hizo siempre lo posible por dar toda la medida de nuestras flacas fuerzas. Pero esto lo explicará mejor nuestro Caudillo (sin cimitarra morisca), si así le place.

Yo sólo he pretendido hacer un recuento somero de mis relaciones con la Revista y con este hombre de corteza áspera y entrañable generosidad de alma que es Enrique Espinoza.